

Buscar y encontrar¹
Alocución para el entierro de Martin Heidegger
el 28 de mayo de 1976

Bernhard Welte

El camino de Martin Heidegger ha llegado a su fin. ¿Qué puede decirse en este fin, junto a este ataúd, frente a esta muerte? Una vez, el mundo le escuchaba. Quizás lo escuche de nuevo otra vez, por la noticia de esta muerte.

Quizás frente a esta muerte, que nos conmueve, sería mejor callar que hablar.

Pero sin embargo se puede y se debe hablar, el tiempo que dura una reflexión en un par de respiros. El 14 de enero de este año Martin Heidegger me regaló una larga conversación. Me pidió decir unas palabras junto a su tumba. Por eso me atrevo a hablar aquí.

Qué mejor podríamos hacer, que en esta hora pensar una vez más en el camino de Heidegger, y sobre todo en aquello que él ha pensado sobre la muerte.

Una vez nació sobre esta tierra natal de Messkirch. Su pensamiento conmovió luego al mundo y al siglo. También trajo nuevas luces, preguntas e interpretaciones sobre la totalidad de la historia occidental. Después de Heidegger miramos atrás a nuestra historia de un modo distinto a como lo hacíamos antes. ¿Y acaso no vemos también de otro modo al futuro?

Siempre fue un buscador, y siempre de camino. Con insistencia caracterizó en diversas ocasiones a su pensamiento como un camino. Caminó

¹ Tomado de Welte, B., *Gesammelte Schriften* II/2, Denken in Begegnung mit den Denkern II: Hegel, Nietzsche, Heidegger, Herder, Freiburg 2007, 187-190.

sin pausa por ese camino, hubo virajes [*Wendungen*] y giros [*Kehren*], hubo sin dudas también tramos de error. Heidegger siempre entendió al camino como uno que le fue destinado e indicado [*geschickt und gewiesen*]. El trató de entender su palabra como respuesta a un mandato [*Weisung*], al que incesantemente escuchó. Para él pensar [*Denken*] era agradecer [*Danken*], un responder agradecido a una invocación.

¿Qué pensaba este gran pensador sobre la muerte, que ahora le ha alcanzado a él mismo? Ya en su temprana obra principal *Ser y tiempo* describe el anticipar o ser relativamente a la muerte.² Ya como hombre joven estaba en ese recorrido y anticipación. El 7 de mayo de 1960, durante los festejos en honor a Hebel, citó al poeta alemán, que dice de la tumba silenciosa:³

Sel Plätzli het e gheimi Tür,
und's sin no Sachen ehne dra.
Su pequeño lugar tiene una puerta secreta,
y debajo aun hay cosas.

Martin Heidegger ahora ha pasado por la puerta secreta. ¿Adónde lleva? Heidegger cita en el mismo breve discurso otra vez el verso de Hebel:

Kein Wort der Sprache sagt's –
kein Bild des Lebens malt's.
Ninguna palabra del lenguaje lo dice –
Ninguna imagen de la vida lo pinta.

Lo que ninguna palabra dice y ninguna imagen representa es el misterio. Heidegger lo buscó una y otra vez. Lo buscó en su camino, y lo buscó sobre todo en el destino misterioso de la muerte. ¿Qué es? ¿La nada? ¿El ser? ¿La serenidad y la salvación?

² Cf. Heidegger, M., *El ser y el tiempo*, FCE, México, 2010, p. 283.

³ Heidegger, M., “Dank bei der Verleihung des Staatlichen Hebelpreises”, en: *Hebelfeier, Reden zum 200. Geburtstag des Dichters*, Karlsruhe 1960, p. 27s (= Gesamtausgabe 16, p. 565).

En los dos trabajos “Construir habitar pensar” y “La cosa” se habla de lo que siempre es buscado y también de la muerte. En esos escritos aparece la cuaternidad de tierra y cielo, mortales e inmortales. Aquí, al entregar su cuerpo a la tierra y mientras el amplio cielo brilla sobre nosotros, podemos pensarlo. Los mortales son mortales, porque son aquellos capaces de morir. Pero de la muerte se dice: “La muerte es el cofre de la nada, es decir, de aquello que desde ningún punto de vista es algo que simplemente es, pero que, a pesar de todo, esencia, incluso como el misterio del ser mismo. La muerte, como cofre de la nada, alberga en sí lo esencial del ser. La muerte, como cofre de la nada, es el albergue del ser”.⁴ El albergue del ser: entonces la muerte alberga y oculta algo. Su nada no es nada. Ella alberga y oculta la meta del camino entero. Aquí se le llamará ser.

Pero ¿qué son los divinos? Son, como se nos dice, “los mensajeros de la deidad, los que dan señales de ella”.⁵ Hacen señas a partir del campo del morir, de la muerte, de la nada y del ser, y el camino del pensamiento heideggeriano se dirigió de cara a esas señas. De lo que se trataba era de escucharlas y con esas señas dirigirse en espera expectante a lo divino de la epifanía del Dios divino. Ahí estuvo siempre de camino todo el pensar de este gran pensador.

De camino le fue indicado acarrear con su pensar la emergencia y necesidad de un mundo lejano de Dios, pero también interpretar el camino del tiempo y del mundo como un camino hacia allí. El vio incluso a Nietzsche como el intérprete del tiempo y del mundo, y se ha preguntado si Nietzsche mismo fue quien exclamó el *de profundis*.⁶ *De profundis*, desde lo profundo, este es el salmo que clama a partir de la profundidad de la lejanía de Dios al Dios divino. El llamado, que Heidegger atribuyó a Nietzsche, fue ciertamente también su propio llamado.

Para su cumpleaños 80 habló en Amriswil de la residencia del habitar del hombre de nuestra época. Allí se preguntaba: “¿Es hoy el habitar del

⁴ Heidegger, M., “La cosa”, *Conferencias y artículos*, Ediciones del Serbal, Barcelona 2001, p. 131.

⁵ *Ibid.*

⁶ Heidegger, M., “La frase de Nietzsche ‘Dios ha muerto’”, Ediciones del Serbal, Madrid 1996, p. 198.

hombre la permanencia en la exclusión de lo elevado?”⁷ El vio esto como lo que mueve más profundamente al ser humano de hoy. La exclusión de lo elevado, o sea, con la palabra de Hölderlin, del Dios divino: la exclusión que suscita el grito *de profundis*.

Pero según él, la exclusión, o como sino se dice, la ausencia de Dios, no significa una mera carencia, sino “la presencia de lo que primero hay que apropiarse, en la ocultada plenitud de lo sido”. Así le escribía Martin Heidegger en una carta a un joven estudiante, “la ocultada plenitud de lo sido” como “lo divino en el mundo griego, en las profecías judías, en la predicación de Jesús”.⁸

El camino ahora ha llegado a su fin. La muerte, el albergue del ser, ha tomado a Martin Heidegger en su misterio de la plenitud oculta. Pero nos está permitido decir con el Evangelio, conmovidos pero esperanzados: “el que busca, encuentra, al que llama se le abrirá”. *El buscador*, ese puede ser el título de toda su vida y pensamiento. “Ese encuentra”, puede ser la escritura cifrada de su muerte. Ese secreto ilumina a partir de su misterio al mundo de los mortales.

¿Es aceptable enterrar cristianamente a Martin Heidegger? ¿Está a la altura del mensaje cristiano? ¿Está a la altura del recorrido del pensamiento de Martin Heidegger? En todo caso él lo ha querido. De todos modos él nunca rompió el lazo con la comunidad de los creyentes. Simplemente él ha caminado su propio camino, y él debía recorrerlo siguiendo su mandato, y uno no puede denominar ese camino sin más como un camino cristiano en el sentido habitual de la palabra. Pero fue el camino de quien fuera quizás el mayor buscador de este siglo. El buscó esperando y obedeciendo al mensaje del Dios divino y su luz. Él lo buscó también en la prédica de Jesús. Por eso se puede tranquilamente sobre la tumba de este gran buscador decir las palabras de cosuelo del Evangelio y las oraciones de los salmos, sobre todo del salmo *De profundis*, y la mayor de las plegarias, la que Jesús nos enseñó.

Traducción: Diego Fonti

⁷ Cf. *Neue Zürcher Zeitung* del 6/10/1969, nro. 606, p. 51.

⁸ M. Heidegger, “Epílogo” a “La cosa”, *Conferencias y artículos*, op. cit., p. 135s.